

Dios es amor. Esbozo hacia una renovación de la teología de la caridad*

Mons. Javier Lozano Barragán

SU Santidad el Papa Juan Pablo II, hablando al Consejo Pontificio «Cor Unum», ha expresado el pensamiento, a mi juicio, básico para verdaderamente emprender la nueva Evangelización, de la que, a partir de su proclamación en Haití y Santo Domingo, tanto nos ha hablado: desea una catequesis sobre la virtud de la Caridad en todo el Continente, que se haga de tal manera que «la diaconía de la Caridad en América Latina encuentre ahí su inspiración y el alma de la segunda evangelización»¹.

Para ello pide hacer «una verdadera teología» de la caridad; dice que urge «rehabilitarla», «salvarla», para que verdaderamente inspire la nueva evangelización.

El esbozo que aquí presento quiere muy modestamente sumarse a los tan importantes esfuerzos de este Congreso sobre la Caridad en América Latina, para darle a la caridad el rango que le corresponde y que el Papa desea hoy que recuperemos.

No como una novedad, sino refrescando caminos ampliamente recorridos, creo que nos acercaríamos a este ambicioso objetivo si meditamos sobre la virtud de la Caridad situándola dentro de la escala de valores explícitos del latinoamericano, como la base, la idea fuerza, la matriz cultural del conjunto de sus valores cristianos. Si esto es

* Conferencia pronunciada en el Congreso Latinoamericano de la Caridad en Bogotá, Colombia, del 8 al 14 de julio de 1990

¹ Cfr. Comunicación del papa Juan Pablo II a «Cor Unum», citada en «Caridad y civilización del amor en América Latina», Bogotá, 2-4 de mayo de 1986. Separata Boletín CELAM, 1-2.

posible, entonces será finalmente ella el criterio definitivo para juzgar nuestra historia; desplegará toda su eficacia para construir hoy América Latina; y desde su óptica podremos confiadamente trazar el futuro mejor latinoamericano que deseamos en este final de siglo, como semilla esperanzadora del tercer milenio.

De esta manera las etapas de nuestro estudio serán las siguientes: La caridad en la escala de valores; la caridad, criterio valorativo de la historia latinoamericana; la fuerza constituyente de la caridad en la construcción latinoamericana; y la caridad en la óptica del futuro.

I. La caridad en la escala de valores

Un primer aspecto a revisar es el aspecto de los valores. Los valores en conjunto son el alma de un pueblo, son su dinamismo que lo hace actuar de tal o cual manera. Si dentro de los valores latinoamericanos la Caridad no ocupa ningún lugar, o bien, si ocupa un lugar defectuoso, la actuación latinoamericana de la caridad será también o nula o defectuosa.

El valor es la razón de la bondad, es ese algo por lo cual juzgamos como conveniente, como buena, o como inconveniente o mala, la realidad. Tenemos un sinnúmero de necesidades, y el valor es la empatía entre mi yo que necesita y el objeto que colma mi necesidad; es esa cualidad que tiene dicho objeto por la cual juzgo que me conviene y me mueve a actuar de tal o cual manera. El valor es la fuente de la acción. A valores equivocados corresponden acciones equivocadas.

Detectar los valores es una operación innata que todos hacemos, pero que se perfecciona al reflexionar sobre la misma. Cuando lo hacemos, encontramos que los valores no están disparados, sino que se relacionan unos con otros, según su mayor o menor capacidad de ser satisfactorios, y así se configura lo que llamamos «escala de valores». Esta escala de valores tiene mucho que ver con la óptica propia de cada quien, según la cual contempla la realidad que le circunda; esa óptica del mundo circundante (*Weltanschauung*) ordena los valores a la vez que es ordenada por los mismos; es el juicio general que brota de una conducta inductiva y que puede perfeccionarse, modificarse, corregirse o incluso cambiarse, mediante la reflexión.

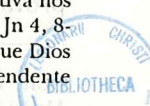
Si queremos vitalizar la caridad, no lo podremos hacer si no atendemos a su colocación dentro de la escala de valores. ¿Cuál debe ser el lugar que ocupe la caridad en la escala de valores latinoamericanos?

Se suele decir que la caridad está «devaluada» entre nosotros porque se ha malinterpretado y se ha entendido sólo como beneficencia; que tiene otros dos actos esenciales que la complementan y que no se han tomado en cuenta, la promoción y la liberación del hombre. Pudiera ser, pero no me quisiera quedar en este nivel, sino ubicarla como el gran valor católico que aquí se recuerda, a saber, asistencia, promoción y liberación, y todas las demás que sean necesarias.

Para comprender la caridad como valor empezaría diciendo que lo que nos especifica como cristianos es la caridad, pues la semejanza con Dios es sólo a través del amor. Pero este amor es del todo especial, es un amor divino, no un amor humano; este amor no es congénito al hombre, sino que es revelado por Dios como su propia esencia. Al darlo al mundo lo da como un amor totalmente gratuito e inmerecido, y tiene sentido en el hombre en la medida en que es la continuación del amor de Dios; nuestro amor es el amor que Dios tiene en nosotros; la comunión cristiana es la participación en la comunión trascendente que existe en Dios entre el Padre y el Hijo: es la presencia en nosotros del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, Amor que une al Padre y al Hijo, y que se comunica al hombre para que éste ame a su vez².

Siendo la caridad un acto de amor, de amistad hacia Dios, la peculiaridad de este amor salta a la vista como lo más sublime; por eso la tradición de la Iglesia lo ha distinguido de otro acto de amor distinto y ha reservado para él conceptos que trascienden las demás realizaciones amorosas. En la cultura griega ha adoptado la expresión *agape* como algo distinto, por ejemplo del *eros*; la cultura latina habla del amor más valioso, más «carus»; por eso se expresa este supremo valor amoroso como «*caritas*». S. Agustín, que acuña frases lapidarias que sintetizan los conceptos más profundos, dice: «Argentum, carum; aurum, carius; Deus, ipsa caritas». Es un amor del todo peculiar pues es el amor primariamente de Dios. Parece pues que el camino a seguir será el preguntarnos cómo es el amor de Dios, en especial el amor de Dios hacia nosotros, puesto que siendo la caridad en nosotros un amor de amistad y la amistad un amor recíproco, y la reciprocidad con Dios no se puede dar más que en la esfera de la donación-creación que Dios

² Cfr. E. Ancilli, *Caridad*, en «Diccionario de Espiritualidad»; S. Lyonnet, «*Mi ha amato e ha dato se stesso per me*» (Gál 2, 20), PSV 10 (1984) pp. 161-174. En este artículo el P. Lyonnet, al comentar el texto de Gálatas «No soy yo sino Cristo quien vive en mí», insiste en que somos hijos de Dios porque Dios nos ha mandado el Espíritu del Hijo, cuya presencia activa nos constituye en hijos de Dios. Ignace de la Potterie, por su parte, en «*Dio è amore*» (1 Jn 4, 8-16), *ibidem*, pp. 205-214, afirma muy claramente cómo nuestro amor es el amor que Dios tiene en nosotros. La comunión cristiana es la participación en la comunión trascendente que existe en Dios entre el Padre y el Hijo.



nos haga, el amor humano de la caridad se ubicará en el rango del amor divino de la amistad divina que Dios nos prodigue a nosotros³.

Pero más que continuar exponiendo como base una serie de reflexiones teológicas, pienso que en un primer momento es conveniente que la Palabra de Dios directamente nos diga qué significa la caridad, explicándonos cómo Dios es Amor; desde esta base estaremos posteriormente capacitados para intentar balbucear algunas ideas sobre su posible aplicación en el campo teológico de la situación actual con el propósito de que verdaderamente la virtud de la caridad sea el alma de la nueva evangelización, rescatemos su concepto, la rehabilitemos e inspire todos nuestros futuros trabajos.

De una manera sintética, y casi sólo como esbozando, resumamos la respuesta divina a la pregunta que le hacemos a Dios sobre cómo sea su amor divino a nosotros.

1. Respuesta programática de Dios

Comenzamos como con una respuesta programática: Dios nos habla de nuestra constitución primera; esto es, de la razón última de nuestra vida: el amor de Dios que en su decreto eterno nos pone en existencia.

Nos dice S. Pablo en la carta a los Romanos: «A todos los elegidos el Padre, antes de todos los siglos, los conoció de antemano y los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Éste sea el Primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29). Y esta existencia pretemporal, que es la única base de nuestra existencia posterior, es el fundamento de todo amor, pues es ésta una vida en Dios y sólo es posible vivir en Dios por el amor; así nos lo dice San Juan en su primera carta: «El que no ama no ha conocido a Dios porque Dios es Amor..., el amor consiste en esto: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y nos envió a su Hijo para que, ofreciéndose en sacrificio, nuestros pecados quedaran perdonados..., así hemos llegado a saber y a creer que Dios nos ama. Dios es amor y el que vive en el amor vive en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,8.10.16).

Desglosando lo anterior, a vuelo de pájaro vamos a recorrer la Sagrada Escritura, deteniéndonos en especial en San Pablo y en San Juan, tratando de encontrar en la intensidad de las palabras la profundidad del amor de Dios.

³ Cfr. W. Warnach, *Amor*, en H. Fries, «*Conceptos fundamentales de la Teología*», I, 55-76, Madrid 1979. Es una síntesis bastante completa sobre la visión cristiana de la caridad.

2. Rasgos de la caridad en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento, en el Génesis, encontramos que Dios es amor como la Bondad personal que crea el mundo (Gen 1-2); el Éxodo, el Deuteronomio y los Profetas nos lo describen como Quien dirige y elige a un pueblo (Ex 4,22), como Quien constituye Alianzas: a pesar de la bajeza del hombre, por condescendencia lo hace socio e instaure con él un pacto especial (Ex 19,46; Deut 4,31;7,8); se compromete a ser fiel al hombre, pero a su vez exige su fidelidad, que se manifiesta en un compromiso cultural (Gen 15,1-6; Deut 11,22-32) y en el servicio que el hombre se compromete a prestar a Dios (Deut 10,12.20; Míq 6,8; Tob 4,10).

En particular los Profetas nos hablan de este amor bajo la perspectiva de la reacción de Dios cuando el hombre no le corresponde y rompe la Alianza. Cuando el hombre falla a esta Alianza, el amor divino se manifiesta exigiéndole convertirse, y mostrándole así su misericordia (Os 2,21); su amor misericordioso es tan grande, que supera el amor que le tiene una madre a su hijo (Is 49,15); Dios ama al hombre pecador como esposo que quiere a su esposa aunque ésta le sea infiel (Os 2); se presenta como solidario en la misma culpa del hombre y se apresta a expiarla en sustitución del mismo (Is 42,49-53). Este amor solidario es la raíz de la fraternidad del pueblo que ha nacido de la Alianza y que es el pueblo de Dios (Lev 19,17; Eccl 25,1).

3. Rasgos de la caridad en los Sinópticos

En el Nuevo Testamento, en los Evangelios sinópticos, este amor paternal, misericordioso, de perdón ante el pecado del hombre, se concretiza en la encarnación del Verbo, en Jesucristo. Es un amor salvador (Mt 5,45;18,12-14; Mc 1,11.41;5,19; Lc 1,5-54;7,13). Exige por su parte la entrega total del hombre al amor de Dios y al prójimo (Mc 12,28-31), que se concretiza en el seguimiento de Cristo en la cruz (Mc 8,34), en el padecer por Cristo, en el padecer así por la justicia (Mt 5,10; Mc 13,13), y en el perdón y amor a los enemigos (Mt 18,35; Lc 6,35).

4. Rasgos de la caridad especialmente en San Pablo y en San Juan

En San Pablo y en San Juan, Dios aparece como el Dios del amor (2 Cor 13,11), el Padre que entrega a su Hijo para salvar al mundo (Rom 8,32; Jn 3,16-17), que «no lo perdona», que le da una car-

ne en semejanza como «una carne de pecado» (Rom 8,3), que por nosotros lo hace «maldición» (Gal 3,13), «pecado» (2 Cor 5,21), para que quedemos libres desde una plena solidaridad con Él (Heb 2,11.14-18).

Nosotros, por nuestra parte, para corresponder a este amor divino, debemos seguir a Cristo, compadecer con Él (Rom 8,17), ser crucificados con Él (Rom 6,6), morir con Él (2 Tim 2,11), para resucitar con Él (Col 2,11), para ser glorificados con Él (Rom 8,17). En esta forma realizamos la esencia de este amor especial, del *agape*, nos situamos más allá de ser socios de una alianza, vivimos su propia vida que es el amor, hacemos propio su amor (Jn 13,34), que es el amor del Padre (Jn 15,9-12; 17,21-26; Rom 15,7), porque Dios nos ha amado primero (1 Jn 4,10,19).

Este amor es posible porque el amor divino se ha comunicado a nuestro corazón por el Espíritu Santo (Rom 5,5; 1 Cor 2,11; Rom 15,30; Col 1,8); y porque nosotros respondemos libremente al amor de Dios y así nos lo apropiamos (2 Tes 2,19; Gal 4,19; 2 Cor 8,3.7; 8,7; Fil 1,4), y llega a ser en su totalidad el centro de nuestra persona como vida y acción de Cristo (1 Jn 3,17; Gal 2,20), por nuestra entrega a los demás en el sacrificio y en el servicio (Fil 2,17), en la paciencia (Ef 4,2) y en el perdón (Ef 4,32; Col 3,13).

Esta respuesta amorosa del hombre a Dios, no es una respuesta humana sino divina, por la participación en el amor ontológico de Dios, amor que es creador y redentor. Es un amor de comunión: (1 Cor 8,3; Ef 6,24) de esta manera nuestros padecimientos participan en el amor de los padecimientos de Cristo, en la paciencia de Cristo (Fil 3,10; 2 Tes 3,5); participamos en el amor de Dios de acuerdo con la naturaleza de este amor; como es el amor de Dios, así es el nuestro: si Dios ama a todos los hombres, nosotros debemos amar a todos, incluidos nuestros enemigos; a nadie debemos negar nuestro amor (Mt 5,44; Rom 14,15; 15,17; 1 Jn 3,16; 4,11 y ss. 19-21; 1 Tes 1,4; Lc 10,29-37; Fil 4,1).

Es un amor que posee una fuerza recreadora: supera al amor humano y participa de la fuerza creadora de Dios; así se entiende cómo hace amable lo que en sí es odiable, pues crea su bondad: hace amable como hermano al menesteroso y, más todavía, al enemigo; nos los recuerda San Mateo (Mt 5,33-40); y San Juan y San Pablo continúan diciéndonos que es un amor que llega de Dios y está libre de todo egoísmo (1 Jn 4,7; Fil 2,4), así llega al verdadero «tú» y crea la comunidad: el que da su vida la encuentra (Mt 10,39). Ésta es la

iglesia del *agape*, pneumática, que como esposa se une a Cristo (Ef 4,15;5,25-29).

Este amor da un ser nuevo: participar de este amor es el nuevo ser del hombre en Cristo (Rom 8,35-39), es el ámbito de la salvación, es lo que permanece, la plenitud (2 Cor 5,14-18; Rom 13,10; 1 Cor 13,13; Ef 3,18).

Este amor es Dios mismo: *o Theos agape estin*, nos dice San Juan; así nosotros realizamos la esencia de Dios-Amor con este amor (1 Jn 4,8.16), no somos extranjeros, sino que habitamos en la casa de Dios como hijos muy amados (Ef 2,19; Rom 8,16; 1 Jn 3,1 y ss), como amigos divinizados, como hijos de Dios: partícipes de su propia naturaleza (Jn 15,14; 2 Pe 1,4). Ésta es la vida trinitaria de donación, en cuyo ámbito se encuentran también los discípulos de Cristo (Jn 17,32-26; 15,9;10,17;3,35)⁴.

5. Líneas fundamentales

Tratando de captar las líneas fundamentales de lo que Dios nos dice acerca de cómo es Amor, cómo sea la virtud de la Caridad, resaltan cuatro acciones divinas que corresponden también a cuatro situaciones del hombre. De parte de Dios son la Creación, la Alianza, el Perdón y la Pascua; de parte del hombre son su existencia, su fidelidad, ser objeto de misericordia, entrar en la comunión con Dios y con los demás por la unión con la muerte y resurrección de Cristo.

Si en este marco quisiéramos resumir una descripción de lo que es la Caridad quizá pudiéramos decir que la Caridad es el acto creativo de Dios Amor, participado en una amistad que une a Dios con el hombre y a los hombres entre sí; amistad que al ser violada por el hombre, misericordiosamente Dios la restaura mediante una elección y una alianza que culmina en la muerte y resurrección redentoras de Cristo.

6. Reflexión sistemática

Desglosando esta descripción diríamos que se trata del acto de amor que es Dios mismo, por eso no es «un acto», sino «el acto» en el que Dios es y a la vez prácticamente se nos da a conocer; éste prácticamente significa que se nos da a conocer al crearnos y redimirnos en y por la practicidad de su amor. Por decirlo así, antes de entrar en el campo

⁴ Cfr. W. Warnach, o.c. 55-76.

psicológico del amor, lo avizoramos desde la constitución de su propio ser: Dios ama porque es Amor; el hombre ama porque es amado por Dios; ya que sólo existe gracias a Dios Amor que lo ama.

Si en el acto de caridad nos preguntamos quién ama, la respuesta es que aman a la vez Dios y el hombre. El hombre no puede amar si Dios no ama en él. Es un acto simultáneo: Dios no ama en el hombre sin el hombre, y el hombre no ama en sí mismo sin Dios. En la caridad el sujeto amante es el Cristo total, es Cristo Dios y hombre, es el Padre y el Espíritu, son todos aquellos que están incorporados a Cristo. El sujeto amado es el regalo del Cristo místico por la mediación del sacramento.

La razón por la que se ama en la caridad es la bondad de Dios, ciertamente, pero la bondad de Dios hecha historia concreta en el Cristo total; es la bondad del Padre que nos envía a su hijo en Jesucristo redentor, es la bondad del Padre y de Jesucristo que nos envían al Espíritu de amor, y es la bondad de Dios Amor en la historia que significamos todos y cada uno de los hombres que desde nuestra condición de enemigos de Dios, hemos sido hijos adoptivos de Dios; podremos también decir que esta bondad se extiende aun a toda la ulterior creación que «espera la revelación de los hijos de Dios». Más ampliamente ahora nos encontramos que la razón de ser de la caridad no puede ser otra que la bondad misma del Cristo total en su dimensión de Creador y Redentor (cfr. Rom 8, 19-23).

Sin querer enredarnos en la antigua discusión del «amor de benevolencia» y el «amor de concupiscencia», si para comprender más lo anterior nos preguntamos a favor de quién se ama, posiblemente la respuesta más adecuada sea, una vez más, a favor del Cristo total, esto es, para adorar y alabar al Padre, al Hijo y al Espíritu, para la gloria de Cristo Dios y hombre, que ha consistido en su exaltación; en su muerte y resurrección y en la participación de esta exaltación mediante (mediación) la efectividad que nos otorga para redimir, para sacar a toda la creación de la muerte, y otorgar la resurrección⁵.

7. Caridad y vida divina trinitaria

La caridad es así la plenitud de la vida, es la unión total, con Dios y con la humanidad, con el universo; es la comunión verdadera;

⁵ Para una visión sintética también de los tratados escolásticos sobre la caridad, cfr. José de Alárama, «De virtutibus infusis», Liber III, De Spe et caritate, pp. 836-850, en *Patres Societatis Iesu in Hispania Professores, Sacra Theologiae Summa*, BAC, Madrid 1956.

es la paz, la alegría y el gozo; y exige en Cristo todos los actos necesarios para realizarla, actos que constituyen en último término la misión total de la Iglesia.

Esta vida es la presencia activa en nosotros del Espíritu del Hijo único, inseparable del Padre y del Hijo. La gran novedad del amor cristiano consiste en la orden que Cristo nos da de amarnos «como yo os he amado», y este «como» indica la magnitud única de este amor que es el Espíritu Santo, «La Persona-Don», con el que Cristo nos ama; pues Cristo nos ama y nos dice «como el Padre nos amó», con el mismo amor infinito, inmutable, incondicional: el Espíritu Santo. En todo acto de caridad Dios puede ser visto y amado⁶.

Ésta es la forma como el amor en el hombre es un don de Dios, pues Dios mismo es un amor que está fuera del poder humano, y éste es el único amor que hace verdadera comunidad; es el amor eficaz de los hijos de Dios, pues Dios no puede engendrar hijos que no amen. Su linaje está marcado por el amor, pues el amor es el criterio para haber nacido de Dios⁷.

8. Caridad y amor de Cristo

El amor divino es el amor trinitario, es lo específico de Dios, es el que realiza la comunidad del ser divino, es el amor al igual, no al esencialmente otro. Experimentar este amor en lo humano significa la encarnación del Verbo, donde Dios se hace Dios con nosotros, pues su relacionalidad trinitaria se extiende con una fuerza infinita hacia la humanidad, y hace el «yo» del Hijo la fuente del amor cristiano, especialmente en la cruz, donde captamos la revelación del amor gratuito de Dios. El crucificado es el retrato auténtico del amor de Dios. Desde este misterio barruntamos la singularidad del amor de Dios y su alteridad frente al mundo. Dios aparece así como el santo, el separado,

⁶ D. Dideberg, en «*Esprit Saint et charité, l'exegèse agustinienne de 1 Jn 4, 8 et 16*», N.R.T. (1975) pp. 229-250, afirma fuertemente que la comunicación del Espíritu Santo al hombre es del todo necesaria para que éste ame; así en todo acto de caridad Dios Amor puede ser visto y amado. La «*caritas*», afirma, está en el misterio del ser divino. El amor de Dios es más interior al que ama que el amor mismo del hermano. Cfr. Lyonnet, o.c. Santo Tomás de Aquino dice así que de acuerdo con el don de la caridad es atendida la misión del Espíritu Santo: Cfr. S. Th., I, 43, 5 ad 1; II-II, 1, 8 ad 2. Cfr. Juan Pablo II, «*Dominum et vivificantem*», donde profunda y profusamente expone esta doctrina.

⁷ R.E. Brown, en «*The epistles of John*», Doubleday, New York 1982, pp. 512-568, afirma que el linaje divino está marcado por el amor, que no puede engendrar hijos que no amen, que el amor es el criterio para saber si se ha nacido de Dios. R. Vawter, en «*Epístolas de San Juan*». Comentario Bíblico de San Jerónimo IV, Madrid 1972, 62, 24; insiste en cómo este amor no es congénito al hombre, sino totalmente gratuito, como estricta continuación del amor de Dios por la presencia del Espíritu Santo.

y en esta forma, el esencialmente otro, pues Dios es Amor y el mundo es odio; el que pertenece al mundo es un ser que odia, el que pertenece a Dios es el ser que ama porque en él Dios ama⁸.

9. Caridad e Iglesia

Jesús es la personalización del amor del Padre, la vida de Dios es verdaderamente una comunión, un continuo y perfecto intercambio de amor⁹. Éste amor llega a nosotros, nos rodea, nos hace entrar en su propia vida. Sin perder su consistencia y personalidad humanas, el hombre es poseído y movido por Dios mediante el amor como un movimiento intrínseco que constituye la vida. Dice San Agustín: «Teniendo, pues, tan gran motivo de confianza, amemos a Dios con el amor que de él procede... Dios se nos ofrece en posesión. Él mismo clama hacia nosotros: amadme y me poseeréis, porque no podéis amarme si no me poseéis». Toda la vida cristiana tiene que ser así una respuesta de amor dada al amor. La moralidad cristiana no es otra cosa que la consecuencia de la donación trascendente amorosa de toda la persona¹⁰.

Detrás del tú del prójimo está el tú de Cristo; en el nivel ontológico del amor al prójimo, la fuente del amor es el yo del Hijo que por el Espíritu de Amor vive en nosotros. Así, nuestro amor es el amor

⁸ El padre J. Galot en *«La persona de Cristo»*, ed. Mensajero, Bilbao 1971 pp. 105 y ss. 112 y 119, afirma cómo la vida de Cristo está totalmente relacionada con la humanidad por su ser relacional divino; cómo el yo divino del Hijo se convierte en principio de caridad para los discípulos. El último nivel ontológico es el yo del Hijo como fuente de la caridad cristiana y como el «tú» hacia el que la caridad se dirige, pues detrás del «tú» del prójimo está el «tú» de Cristo. J. Moltmann, por su parte, se refiere a la Santísima Trinidad recalcando un aspecto muy rico para entender el amor de Dios: el amor intratrinitario es el amor al igual, no al esencialmente otro. Y precisamente el mundo, dice, fue creado por el amor del Padre al Hijo y redimido por el amor del Hijo al Padre: cfr. J. Moltmann en *«Trinidad y Reino de Dios»*, ed. Sígueme, Salamanca 1983, p. 72. Finalmente, R. Schnackenburg, en *«Cartas de San Juan»*, Herder, Barcelona 1980, pp. 252-256; 264-267, refiriéndose a este amor especial, dice que la expresión en San Juan «Dios es amor», es la expresión más completa de la Buena Nueva, que quiere afirmar la singularidad de Dios al mismo tiempo que su alteridad frente al mundo y a lo no divino; pues el que pertenece al mundo es un ser que odia. Él le ha dado primero al hombre la capacidad de amar.

⁹ Cfr. Ancilli, o.c. Aquí Ancilli nos presenta al creyente diciendo que se define como el que ama. Sin perder su consistencia y personalidad humana, el hombre es poseído y movido por Dios mediante el amor como un *«motus ab intrinseco»*, que constituye la vida cristiana. Respuesta de amor al amor.

¹⁰ W. Thüsing insiste en la interioridad del amor de Dios en el hombre. Dice: Dios amor significa que Dios está en nosotros, dentro de nosotros, para que vivamos por Él, para que nazcamos del amor. Permanecer en el amor y tener comunión con Dios son inseparables: es la fórmula abreviada del Mensaje y del amor cristianos. Cfr. W. Thüsing, *«Las cartas de San Juan»*, Herder, Barcelona 1973, pp. 156-179. Cfr. también E. Ancilli, o.c., y de la Potterie, o.c. San Agustín, *Sermón 34*, 1-3; 5-6: CCL 41, 424-426.

que Dios tiene en nosotros, la presencia es la presencia del Espíritu para la presencia del Hijo. Para que el cristiano pueda decir: «No soy ya yo, sino Cristo el que vive en mí» (Gál 2, 20). De esta manera el hombre es un proyecto de hermano fundado en la realidad espiritual del Hijo de Dios. El amor de hijos es la manera de ser divina participada. Así, el creyente se define como el que ama, pues permanecer en el amor es como una síntesis de la profesión de fe¹¹.

Así se realiza la Iglesia, pues el amor trinitario realiza la convergencia de distintos en una igualdad esencial, y esta convergencia de distintos en igualdad esencial es la que relacionamente se comunica en el amor de caridad al hombre modelando en plenitud de armonía la verdadera humanidad¹².

Este amor es un amor esencialmente creativo cuando se encuentra con lo que no es Dios, pues al encontrarse lo crea, y lo crea de la nada que pudiéramos llamar «inocente» y de la nada «culpable». Por eso es que al comunicarse como creativo de la «nada culpable» es esencialmente imposible que el hombre sin él pueda actuar y pueda así amar al enemigo.

10. Caridad y valores de la nueva evangelización

Si queremos señalar una constante en la reflexión anterior sobre la palabra de Dios que nos dice qué es la caridad, pudiéramos poner ésta sobre la vida y la vida auténtica en plenitud. Vida como participación divina, como vida de los hijos de Dios; vida como comunión y así como Iglesia, vida como redención; vida como eficacia y practicidad.

Los valores actuales que acepta el latinoamericano son muy variados, pero todos ellos son otras tantas variantes de la vida; si logramos presentar la Caridad como esta fuente vital desde sus tan variados aspectos, podemos rehabilitar el valor central de la caridad para la nueva evangelización. La caridad no es sólo la vida, sino la fuente de la vida, es Dios mismo en nosotros. Si la densidad de esta realidad se expresa y se comprende en el sentido más profundo de la palabra, entonces sí se incorpora la caridad en la escala de valores latinoamericanos; más

¹¹ Cfr. J. Galot, o.c. 105-112

¹² Leonardo Boff en su obra *«La Trinidad, la sociedad y la liberación»*, ed. Paulinas, Madrid 1986, pp. 9 y ss., 19 y ss., 206 y ss., dice que si Dios fuese dos personas, habría separación y exclusión. En cambio, el tres evita la soledad, supera la separación y sobrepasa la exclusión; la trinidad es «inclusiva». El misterio de la «Perijóresis» es el modelo de la convivencia social igualitaria, respetuosa de las diferencias y justa. Una sociedad justamente estructurada debe ser imagen, semejanza y sacramento de la Trinidad.

aún, la caridad entra a ser el valor fundante de los mismos, el valor que los sistematiza, que les da fuerza, que hace que exista la auténtica escala de valores. Es lo que anteriormente decía Santo Tomás de Aquino de la caridad como «forma virtutum»¹³. Los intereses más comunes en la actualidad van por los aspectos políticos, sociales, económicos, culturales de la vida. La caridad ha parecido como «insuficiente» para competir en estos campos como valor fundante. Si logramos presentarla desde el ropaje adecuado tanto de valor como de interés por el valor que da valor a los demás espacios culturales, sociales, políticos y económicos, lograremos la nueva evangelización que pretendemos.

Ligada con esta presentación está la religiosidad popular. Desde sus expresiones, actitudes y conductas que genera, debemos atender a los valores de caridad que encarnan sus prácticas y desde ellas, propiciar el nuevo desarrollo de la caridad; tendríamos que atender a los compromisos de promoción y de liberación de tantos cristianos latinoamericanos conscientes de su misión y desde este núcleo de valor de la caridad hacer florecer en sus campos la nueva evangelización.

Se pretende renovar la exposición teórica de la caridad, en el sentido etimológico de la palabra: «*theos orao*»; así se vería a Dios en la caridad; y desde esta contemplación, desde esta oración como la «praxis» más sublime, como valor fundante, intentar proclamar el aspecto central, la inspiración y el alma de la nueva evangelización.

II. Caridad, criterio valorativo de la historia latinoamericana

Estamos en vísperas de la celebración de los quinientos años de evangelización de nuestro Continente; y como es natural, al llegar a una conmemoración de esta importancia nos hemos puesto a reflexionar cuáles son los frutos que hemos conseguido después de 500 años de ser cristianos.

1. Quinientos años, ¿de qué?

Las direcciones de esta reflexión están siendo muy variadas, y se extienden por un arco que va desde la oración de agradecimiento a Dios por la gracia concedida, hasta el repudio no sólo de la actual evangelización, sino de sus orígenes históricos, los que se entien-

13 Cfr. R. Schnackenburg, o.c. Cfr. Santo Tomás de Aquino, S. Th., II-II, 2, 9 ad 1; I-II, 7, 4 co.; II-II 18, 10 ad 2; 139, 2 ad 2; 186, 7 ad 1.

den como el inicio de una opresión colonizadora continua, donde los motivos religiosos no fueron coadyuvantes para legitimar el asesinato, la avaricia por el oro en las Indias, la expoliación y la destrucción de nuestras culturas precolombinas; desgracia que se prolonga y que nos da la realidad deplorable de alienación en la que ahora nos encontramos; en lugar del descubrimiento de América se habla del «encubrimiento» de América.

Como todos sabemos, se han hecho muchos estudios sobre el particular, y como de costumbre sus conclusiones han llegado a lo que todos bien sabemos, que la realidad no se deja aprisionar por esquemas excogitados con prioridad, que los maniqueísmos son esquemas ignorantes, propios de pensamientos adolescentes y exaltados que desean trazar con nitidez la línea divisoria entre el bien y el mal, poniendo generalmente la línea del bien en la parte en la que se encuentra quien los diseña; que la Iglesia es relativamente escatológica, esto es, que va en camino, que en ella se encuentran buenos y malos, que esta maldad y bondad está aún en el corazón de todos y que la historia que escribimos es así, que tiene muchas bondades y también muchas maldades, pero que a Dios gracias, triunfa la gracia de Dios, las sombras no entenebrece las luces sin que por ello se pierda objetividad histórica¹⁴.

2. Caridad como óptica histórica

Leer desde el valor fundante de la caridad nuestra historia de 500 años de evangelización, rompe el esquema anacrónico de lectura de opresores y oprimidos. Es aleccionadora la historia contemporánea que se ha encargado de romperlo. El sistema socialista marxista-leninista fundado en este esquema que es el del materialismo histórico, se ha derrumbado al desmoronarse el Este. El sistema se había ideado para dar de comer al pueblo y después de 70 años de su práctica más ortodoxa, el país que lo encabeza confiesa que no ha podido dar de comer al pueblo, que se ha equivocado, que es un país pobre, que busca otros modelos.

La lectura de la historia desde la caridad nos da la perspectiva real, es la lectura que nos dice que no es ninguna hegemonía ideológica, política o económica de ningún imperio el centro de la historia, sino la reunión amorosa en la caridad de todos los elementos amorosamente vivos en una nueva civilización, la civilización del amor. Ésta es una

¹⁴ Cfr. G. Gutiérrez, «Dios o el oro en las Indias», CEP, Lima 1989. También, DEC, «La Evangelización fundante», CELAM, Bogotá, 1988.

nueva sociedad espiritual hacia la cual de una manera real camina toda la historia del mundo, pues ya ha alcanzado su plenitud en Cristo que está presente en ella. Ésta es la sociedad suprema en la historia y es realizada como una sociedad «espiritual», del Espíritu Santo, por todos aquellos que verdaderamente aman a Dios. Los imperios del mundo son instrumentos de Dios para realizar este plan de salvación. Ésta es la antigua «ciudad de Dios» de San Agustín. Es el único absoluto de la historia. La única verdadera «soberanía». Es obvio que esta «ciudad de Dios» no es ni el Estado ni la Iglesia, sino que ambos deben caminar en pos de dicho horizonte de amor¹⁵.

El camino hacia este horizonte que es el Reino de Dios, lo traza el amor de Dios, y la cooperación del hombre a dicho amor es el camino de la caridad con avances y retrocesos de acuerdo con la afirmación o negación de la caridad. La idolatría de la criatura, el «fruí» (el goce) agustiniano exclusivizado en la tierra, es lo que impide la marcha de la caridad y lo que destruye a la persona, es el «amor de sí hasta el desprecio de Dios» de que habla también San Agustín; el «uti» (el uso) dirigido hacia la civilización del amor, es la recta perspectiva de la historia, a aplicarse en todos sus dominios.

Juzgar los quinientos años de historia cristiana de América Latina desde esta perspectiva será muy constructivo para el futuro de la Evangelización; se constatará la marcha de la caridad en nuestro Continente, con sus yerros y aciertos, y al mismo tiempo se verá la dirección que deberá tomar al iniciar el tercer milenio. Cristo el Señor, por su Espíritu, ha estado presente en todo el desarrollo de la historia cristiana de América Latina, él la ha conducido; muchos cristianos han respondido al conducir divino y juntos con Dios han construido también dicha historia; otros la han pretendido destruir; pero Dios, como dice nuestro proverbio, «escribe derecho en renglones torcidos». Cuando el Venerable Beda, último de los Santos Padres de Occidente, escribe en el siglo VIII la historia de Inglaterra, la titula «Gesta Dei facta per anglos» (La gesta de Dios realizada por los ingleses); éste sería el título que la caridad exigiese para escribir nuestra auténtica historia latinoamericana: «Gesta Dei facta per latinoamericanos» (La gesta de Dios realizada por los latinoamericanos)¹⁶.

¹⁵ Cfr. Christopher Dawson, «La visión cristiana de la historia», en A. R., *Pensadores católicos contemporáneos*, Capo Nigri-Grijalbo, México-Barcelona 1964, pp. 287-304. S. Cantore en «*Colui che mi ama*», PSV 10 (1984), pp. 205-214, al comentar el Apocalipsis entiende a su vez el amor de Cristo como el amor que se proclama en el diálogo litúrgico y que constituye así el dinamismo último de la historia.

¹⁶ Cfr. Ch. Dawson, o.c. 287-304.

3. Enraizando la nueva Evangelización

De lo dicho podemos concluir con una precisión sobre el calificativo de «nueva» aplicado a la evangelización: esta novedad no puede estar en desconexión con su pasado histórico; el caminar de Dios ha llegado ya a su plenitud y ahora se dirige hacia su consumación; nos fundamos en el pasado para proyectarnos al futuro; sin raíces históricas en nuestra evangelización, cualquier novedad actual será «nugatoria»; seguro que hemos cometido errores en el pasado, y ha habido acomodos del Mensaje que ahora resultan inadecuados; pero también tenemos grandes valores realizados que como herencia cristiana valiosísima e imprescindible, constituyen la raíz del árbol actual; sin ella no hay posibilidad de evangelización hoy. Sólo puede construir el presente quien se lanza hacia el futuro apoyándose en su propia historia.

III. Fuerza constituyente de la caridad en la construcción latinoamericana

En la actualidad, no cabe duda que nuestro pueblo latinoamericano sigue viviendo la caridad; comprende el amor de Dios que nos engloban y no es otra cosa la que se entiende en el persignado: actuamos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; pedimos con frecuencia la ayuda de Dios a quien sentimos presente en su divina providencia; con frecuencia en el hablar cotidiano decimos: «nuestro Padre, Dios»; celebramos con toda ternura la Navidad como el nacimiento del Verbo encarnado en nuestra propia naturaleza; hay una devoción acendrada a nuestros «Cristos» y a María, con localizaciones geográficas que afirman su presencia en nuestro pueblo; aunque a veces con algunas desviaciones, pero hemos asistido a una renovación muy fuerte de la devoción al Espíritu Santo, conscientes de su presencia amorosa omnipotente; y como una consecuencia de nuestra religiosidad popular, no nos cuesta demasiado trabajo motivar a los fieles a ayudar al prójimo, por caridad.

1. No a la dialéctica del odio

Sin embargo, es cierto que la caridad a veces la hemos reducido al rango de beneficencia, de limosna, y preterimos infinidad de aspectos que se refieren a la plena construcción del hombre mediante su comunión amorosa con Dios, con el prójimo y con el universo. Muchas veces no hemos quitado tampoco los obstáculos que impiden

esta construcción, y no nos hemos empeñado en una auténtica promoción y liberación del hombre; aunque, a decir verdad, ya en nuestra práctica de la caridad, gracias a la conciencia creada por los grandes documentos episcopales de Medellín y Puebla, la gente sabe que caridad significa también justicia, y que junto con la beneficencia hay que realizar la promoción humana y la auténtica liberación. Hemos comprendido también, y por cierto dolorosamente a través de luchas fratricidas, que no hay justicia sin caridad, pues a diferencia de quienes piensan que la raíz última de la injusticia se encuentra en los desórdenes estructurales, sabemos que su manantial ponzoñoso es el desamor y el odio, la destrucción de la caridad¹⁷.

Precisamente uno de los puntos importantes es el relativo al odio. Cuando en la llamada dialéctica de la historia aplicada al juicio valorativo de la realidad actual para indagar la causa de la opresión y así encontrar caminos para quitar los obstáculos al ejercicio de la libertad se propone un camino de lucha, de guerra, de violencia y de destrucción, se está errando completamente el camino.

Hemos perdido muchos sacerdotes y muchas religiosas por el camino del odio. Gente de entre los mejores, que se ha conmovido por la miseria estrujante de tantos y se ha comprometido para liberarlos de la misma; pero que se ha dejado atrapar por el sofisma del materialismo histórico y ha entrado en la lucha, y consciente o inconscientemente ha adoptado el odio como motor de su pretendida acción liberadora. La consecuencia ha sido el distanciamiento total del amor cristiano y, así, de la justicia: la descristianización con cáscara, con pastas de evangelio, que se defiende como lo más auténtico del Evangelio.

No hay auténtica liberación en la que se exija la muerte de un grupo para que otro viva. Desde que uno murió por todos, la vida está asegurada. Dios no quiere la muerte de nadie, sino que todos nos convirtamos y vivamos. La dialéctica del odio se funda en la contradicción; la contradicción es destructiva, pretende aniquilar, es absurda.

2. Construcción en la praxis de la caridad

2.1 Oposición vital

La dialéctica correcta de la historia es aquella en la que todos nos oponemos «contrariamente» para complementarnos y no nos

¹⁷ Cfr. Boletín CELAM, o.c. 1-2.

negamos «contradictoriamente» para destruirnos, pues así, ni vivimos ni puede haber unidad; ya que precisamente la oposición de contrariedad es para crear la unidad como convergencia de distintos, en la que todos aceptamos nuestra diversidad y desde ella nos enriquecemos mutuamente en una donación continua. Esto es precisamente lo que significa la caridad: Dios viviendo en nosotros, actuando en nuestra historia y en nuestra realidad.

Ésta es la realidad de la vida de la Santísima Trinidad: la oposición infinita, no por negación, sino por simple relación. Acercarnos al modelo trinitario es la única posibilidad de vivir al aceptarnos esencialmente iguales, aunque relacionalmente distintos; así como es Dios, tres personas esencialmente iguales, pues coinciden en una misma naturaleza divina, pero infinitamente distintas, pues las tres personas son constituidas infinitamente como tales por sus relaciones de mutua entrega en el Amor¹⁸.

Esta caridad, actuando en nosotros como personas y en las estructuras que creamos, es la verdadera creación de la libertad y la verdadera remoción de obstáculos para su ejercicio en una auténtica liberación. Es la transformación radical de todas nuestras relaciones económicas, sociales, políticas y culturales; es la aceptación creativa de nuestra igualdad, solidaridad, subsidiariedad, pacificación, nivelación y reparto equitativo de bienes y oportunidades de trabajo, capacitación laboral, educación, etc. Éste será hoy el aspecto humano urgente de la caridad verdadera¹⁹.

2.2 Praxis sacramental de la unidad

No olvidemos que muchas veces estamos colocados dentro de una óptica secularista y de una cultura de la muerte, en la que hemos diluido el cristianismo en imperativos éticos más o menos oportunistas y categóricos. Pienso que desde esta perspectiva no llegamos a ninguna parte, pues la donación vital es imposible realizarla de parte sólo del

¹⁸ Cfr. André Marc, «*Methode et Dialectique*», en *Aspects de la Dialectique*, Desclée de Brower, París 1956.

¹⁹ J. Lochmann, abundando a este respecto, habla de la socialidad de Dios que tiene su fundamento en el Dogma de la S. Trinidad. Dice que el Dogma de la S. Trinidad hizo «naufragar» la monarquía divina y cualquier otra monarquía y todo culto político a la persona. Cfr. J. Lochmann, «*Repercusiones prácticas de la doctrina trinitaria*», en *Selecciones de Teología* 62 (1967), pp. 89-92. Cfr. también Boff y Moltmann, o.c.

²⁰ *Libertatis Nuntius*, IX, 2, consigna esta opinión que reprueba: «Se pretende, además —dice— que el amor en su universalidad pueda vencer lo que constituye la principal ley estructural en la sociedad capitalista, signifique nutrir de mala fe una ilusión falaz».

hombre; si no hay la acción divina y la humana juntas, y la humana capacitada divinamente para colaborar con la de Dios, no hay nada que se pueda hacer²⁰.

Tantas veces nos quejamos de que pasan documentos, estudios, declaraciones, etc., de mucha importancia, y sin embargo seguimos igual. Es que el mundo no se arregla con bellas doctrinas sino con acciones, y las bellas doctrinas sólo se convierten en acciones por la fuerza de Dios. Y esta fuerza de Dios se llama, en la Iglesia católica, sacramento. La caridad si no se realiza sacramentalmente es sólo una utopía. Y los sacramentos son en concreto los siete sacramentos, pero también, como base de los siete, el misterio eficaz de la Iglesia como Sacramento de Cristo, quien es a la vez sacramento del Padre²¹.

Se habla insistentemente de la praxis, y cada vez se desconfía más de la teoría; se ha llegado incluso a decir que la teoría como ortodoxia no tiene importancia, más aún, que es satánica, que lo válido es sólo una praxis comprometida con el pueblo, para el bien del pueblo. Que incluso el conocimiento ha ido pasando por etapas imperfectas ya superadas, que pasó el tiempo de la verdad objetiva y aun de la verdad subjetiva, que ahora es el tiempo de la verdad como pueblo, como praxis de liberación popular²².

Afirmaciones de ese talante tienen su explicación en el divorcio tantas veces existente entre doctrinas éticas y comportamientos; doctrinas si se quiere sublimes y muy bien aprendidas, y conductas al menos no a la altura de las mismas. No es el lugar de demostrar la falsedad obvia de los pretendidos criterios de verdad fundados en oposiciones tipo contradicción entre verdad objetiva, subjetiva y popular; lo que sí es el lugar de afirmar es que para que la teoría de la caridad no aparezca como una mera proposición nominalística, un mero postulado ético, como una bella utopía que se desvanece ante la realidad sangrante de la injusticia y de la violencia, necesitamos una caridad «praxis», y esa caridad-praxis es la caridad sacramental.

Así, como por ósmosis saboreamos la «teoría» de la caridad, vemos en Dios el amor de Dios, por connaturalidad podemos balbucear algo de este amor que recrea al mundo; en último término nos encontramos directamente con la vida divina participada que en su vivencia en el hombre, a manera de como se descompone la luz en un

²¹ Cfr. O. Semmelroth, *«La Iglesia como sacramento original»*, Dinor, S. Sebastián 1966, 300 pp.

²² Cfr. Carlos Bravo, *«Jesús hombre en conflicto»*, CRT, México 1966, pp. 95-96; 105; 146-147; 219; 247-248.

prisma, se expresa en las tres virtudes teologales de la fe, la esperanza y especialmente, donde reluce más fuertemente la potencia divina, de la caridad²³.

La caridad es donde la fuerza divina aparece más evidente en el hombre. Un ejemplo típico es el amor a los enemigos. El enemigo por definición es malo y como tal no es amable. Para que sea amable es necesario hacerlo bueno y para ello es necesario sacarlo de la nada mediante un acto re-creativo divino, que de la nada «culpable», saca hijos de Dios. Este amor pasa, o si se quiere se encarna, en quien tiene la caridad y por ella, de un no hermano tiene la fuerza de hacer un hermano. Esta es la única posibilidad de crear la civilización universal del amor en un mundo de pecado, de odio, de injusticia y de violencia. Así balbucimos la fuerza redentiva de la caridad.

IV. La Caridad en la óptica del futuro

El campo de proyección hacia el futuro de la caridad, como alma de la nueva evangelización, a todas luces aparece ingente. Me reduciré a enfocarlo sólo desde dos puntos que me han parecido importantes: caridad y unidad eclesial latinoamericana, y caridad, unidad de 22 países latinoamericanos.

1. Caridad y unidad eclesial latinoamericana

1.1 La «espiritualidad del conflicto»

Su Santidad el Papa Juan Pablo II en su reciente visita a México ha indicado tres horizontes negativos que se enraízan en la actualidad mundial y que amenazan con frutos más venenosos al futuro. Éstos son: 1) la secularización; 2) la cultura de la muerte; 3) la interpretación conflictiva contradictoria del mundo²⁴.

²³ El padre Fuchs describe así la moral cristiana como la consecuencia de una donación trascendental de toda la persona. Cfr. J. Fuchs, *«Teologia morale fondamentale»* (per uso privato degli studenti), Roma 1980, p. 93 ss. Para P. Fransen en *«Las virtudes teologales como dinamismo activo de la gracia»* en *Mysterium Salutis* IV-2, p. 914, las virtudes teologales no se pueden separar unas de otras; son los despliegues de la opción fundamental, que a manera de rayo de sol al atravesar un prisma cristalino, se descompone en escala cromática. Santo Tomás dice: «puede decirse la caridad una virtud general, pero no deja su especialidad según su propia esencia»: cfr. II-II, 82, 2, ad 1. U. Vanni, en *«L'amore di Dio è stato effuso nei nostri cuori dallo Spirito»* (Ro 5, 5), en *PSV* 10 (1984), pp. 148-160, afirma por su parte que el amor de Dios se comprende sólo por connaturalidad; como un don que nos hace percibir como por ósmosis, cómo y cuánto nos ama Dios.

²⁴ Cfr. Juan Pablo II. *Saludo en la Catedral de Durango*, en «Segunda Visita Pastoral a México», CEM, 1990, nn. 252-255.

Me voy a referir especialmente al tercer horizonte. El Papa lamenta cómo haya todavía incluso eclesiásticos que sigan la interpretación conflictiva del mundo a base de la lucha de clases y desde esta perspectiva deseen interpretar la opción eclesial por los pobres; habla de lo absurdo de la adopción por los mismos del «espíritu de conflicto».

Recientemente se ha escuchado entre nosotros la teoría peregrina de la espiritualidad del conflicto con relación a la esencia de la vida religiosa. Se afirma que especialmente por lo que toca al carisma de la vida religiosa éste debe desarrollarse siempre dentro de la espiritualidad del conflicto, ya que es inherente a la vida religiosa el profetismo y el profetismo es la crítica de las instituciones; en consecuencia, siendo una institución la Iglesia jerárquica, los religiosos tendrán siempre que estar en conflicto con los obispos, como algo inherente a la espiritualidad del religioso. Se impone, especialmente en el campo magisterial, el derecho al disenso.

Respecto al conflicto entre el carisma religioso y el carisma episcopal, a la luz de lo anterior podríamos decir que su oposición es una oposición de contrarios y no de contradictorios. La oposición de contrarios es el requisito de toda distinción, de toda organicidad, de toda vida, de toda unidad; en cambio, la oposición de contradicción es la oposición entre vida y muerte; es la supresión de una parte para que la otra permanezca, es lo contrario a la unidad, es la descabellada intención de hacer de la parte el todo²⁵.

1.2 El «carisma profético»

Por otro lado, no es verdad que la auténtica posición profética consista en la crítica destructiva y obligada de las instituciones, y que además, sólo competa a la vida religiosa. Más aún, «el profeta», a quien Dios le ha encomendado de una manera plena hablar en su nombre, es el Magisterio de la Iglesia en el que todos sus miembros orgánicamente tienen su parte que desempeñar, y en el que la parte del obispo es definitiva, pues sin ella el Magisterio auténtico no se da: los obispos con el Papa en su consenso magisterial son el criterio próximo de revelación, esto es, son el criterio para reconocer si determinadas posiciones son o no pertinentes al Depósito de la Revelación. Son la base del sano pluralismo: en la exposición y explicación de la fe, para cumplir el mandato misional universal divino, entre teólogos y pastores

²⁵ Cfr. André Marc, o.c.

no cabe el disenso en la verdadera Iglesia, como acaba de asentar claramente el Magisterio pontificio. La apostolicidad magisterial nos salva de todo gnosticismo doctrinal, que hoy está tan de moda²⁶.

En cuanto a la posición de los diversos carismas en la Iglesia, es cierto que el Espíritu Santo los da libremente a quien quiere, y que un auténtico carisma está dirigido a renovar y ampliar la Iglesia, y que esto se opone a cualquier conservación cerrada; la Iglesia es esencialmente escatológica. Así, una Iglesia meramente conservadora y tradicionalista es ajena al proyecto de Cristo que quiere su Iglesia como la mayor realización creciente del Reino aquí en la tierra. Y los carismas en general y los carismas colectivos que conforman a los religiosos, deben dirigirse a renovar y ampliar la Iglesia a la que todos pertenecemos. En esta forma debe proceder una crítica a la Iglesia, que por otra parte, no es de la esencia de la crítica el ser negativa; la crítica es un juicio que objetivamente, dentro de la escatología de la Iglesia, deberá siempre encontrar aspectos muy positivos, y otros que deban perfeccionarse para su continuo crecimiento.

Además, también es cierto que hay otro elemento que le da carta de autenticidad a un pretendido carisma y que sin éste, lo que queda no es carisma, sino una estrategia de soberbia y egoísmo para obtener el poder mundano; este elemento que le da la identidad definitiva al carisma es la construcción de la unidad en la Iglesia; un carisma auténtico es un carisma que construye la unidad en la Iglesia; un pretendido carisma que destruye la unidad nunca será carisma, sino artimaña satánica para destruir la obra de Cristo²⁷.

En último término, el distintivo propio del carisma es la caridad, que realiza la unidad. El futuro de la evangelización sobre la caridad debe recalcar fuertemente la unidad constructora de la Iglesia. Será una desgracia absoluta que en el seno de la misma Iglesia se dé en el futuro un espectáculo de tirantez y contradicción entre la vida religiosa y los pastores de la Iglesia. El Pastor de la Iglesia, el obispo, es el centro de comunión en la Iglesia particular. El religioso debe absolutamente converger en este centro de comunión en la Iglesia particular. Si es de derecho pontificio, todavía con mayor razón, pues participa de la razón de ser del primado, que tiene como objeto dar el vigor a los hermanos obispos, y jamás contradecirlos negándolos. Como decíamos anteriormente y ahora recalcamos, la unidad no es uniformi-

²⁶ Cfr. Juan Pablo II, Encuentro con los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos, o.c., nn. 516-530. Cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo*, Roma, 24 de mayo de 1990, pp. 19-27.

²⁷ Cfr. C. Vaticano II, *Lumen Gentium*, nn. 2, 12.

dad sino convergencia de distintos; es así como los carismas contribuyen a la unidad de la Iglesia. Los diversos carismas, tanto individuales como colectivos, los da el Espíritu Santo, y es el mismo Espíritu Santo quien ha puesto a los obispos a apacentar la grey del Señor, y así unificar toda la obra de amor y de caridad.

La nueva evangelización respecto de la virtud de la caridad, debe a toda costa evitar ese triste panorama de la división interna de la Iglesia y de la lucha amarga entre aquellos en los que más debiera brillar el amor del Señor.

2. Caridad, unidad de 22 países latinoamericanos

Desde esta unidad en la caridad de los que tenemos el ministerio ordenado en la Iglesia, debemos lanzarnos a propiciar y a realizar la unidad de nuestras 22 naciones latinoamericanas y del Caribe. La nueva evangelización deberá empeñarse en realizar la unidad en la caridad como hilo conductor de la catolicidad de nuestro Continente. Esta unidad sacramental aparecerá como una bella utopía desde el secularismo, pero como un verdadero y real milagro a la luz de la fe que suscita la nueva evangelización.

2.1 Perspectiva de «caridad sacramental»

Todo lo dicho hasta aquí es imposible que lo realice el hombre con sus propias fuerzas, debe ser hecho sólo en colaboración con el mismo Dios. Urge rehabilitar así la perspectiva sacramental católica. Muchas veces nos hemos contagiado de presupuestos protestantes como el de la sola palabra; la sola palabra no pasa de presentarnos imperativos, si se quiere evangélicos, sublimes, más allá de cualquier ética, pero imposibles de lograr dada la debilidad humana. Lo católico específico es el sacramento. Entra en la perspectiva de la encarnación. Es el designio encarnativo de Dios de actuar instrumentalmente en la historia.

Aquí hablamos de la naturaleza humana de Cristo, de la mediación apostólica y episcopal, ayudada por los presbíteros y los diáconos, de la totalidad de la Iglesia como sacramento y en especial de los siete sacramentos.

* I. González Faus piensa que no puede haber amor a Dios que no esté mediado y pase por el amor del hermano; que la palabra para describir al Cristianismo es «fraternidad», ya que el hombre es un proyecto de hermano fundado en que es un proyecto de hijo. Cfr. I. González Faus, «Teología de la caridad», Sal Terrae, 75 (1987), pp. 83 y ss. Cfr. también Moltmann y Boff, o.c.

Se habla de una Eclesiología de comunión, y todo mundo está de acuerdo que es la perspectiva para una nueva evangelización; sólo que la Eclesiología de comunión para comprenderse en toda su fuerza debe enunciarse como una Eclesiología de comunión sacramental. Para que la comunión sea realidad, debemos comprenderla como el efecto del sacramento Iglesia. De lo contrario será una bella expresión, solamente.

El toque final que propongo para la nueva evangelización sobre la caridad, es que ésta se anuncie como la caridad sacramental, como la caridad divina que tiene un cauce que Cristo ha querido y ha instituido, a saber, el cauce sacramental.

Para oídos secularistas suena muy raro que la integración latinoamericana venga del sacramento. Pero sólo desde la perspectiva sacramental puede venir la unidad latinoamericana. Y esta perspectiva debe ser tomada en toda su gama de mediación encarnacional. Sólo desde la unidad eclesial episcopal, con Pedro a la cabeza, puede venir la unidad de Latinoamérica. Es la caridad episcopal la que realiza la nueva evangelización sobre la caridad; y esta unidad es una unidad eurística, comunional, sacramental. Por esto lo que ensombrece la unidad episcopal ensombrece también la unidad latinoamericana.

Si engastamos la auténtica caridad como la piedra básica de las joyas de los valores latinoamericanos, si desde su luz nos adentramos en nuestros orígenes, si con su fuerza práctica construimos hoy el Reino de Dios en Latinoamérica y nos proyectamos a la «real utopía» del futuro mejor, estaremos en el camino que Su Santidad Juan Pablo II ha fijado para la nueva evangelización del tercer milenio, donde nos pide que la catequesis de la caridad se haga de tal manera que «la diaconía de la caridad en América Latina encuentre ahí su inspiración y el alma de la segunda evangelización».

JAVIER LOZANO BARRAGÁN

Es uno de los teólogos más representativos de América Latina presente en los grandes debates teológicos del continente. Ha sido profesor del Instituto Teológico Pastoral del CELAM. Entre sus obras destacan: *Pueblo: Pueblo. Liberación. Educación* (1980), *La Iglesia del pueblo. Teologías en conflicto* (1983), *Hacia el Tercer Milenio. Teología y Cultura* (1988).

Nombrado obispo auxiliar de la Arquidiócesis de México, fue responsable de la pastoral de la cultura. Actualmente es obispo de Zacatecas (México) y Presidente del Departamento de Educación del CELAM.

